

Yo, por ejemplo



Elizabeth Builes. *Bajo las nalcas*

¿Qué creación no es un autorretrato? Ni siquiera el “escritor fantasma” escapa a tal aseveración. Todo autor, sea que escriba, pinte, talle o esculpa, fotografíe o cocine, termina tarde o temprano por devenir, por aparecer, indeleble en su creación. No hay punto de observación que permita a quien mira y luego traduce la realidad, permanecer neutro, asistir a la aparición de algo bajo su responsabilidad

sin que el yo se cuele de alguna manera como mácula, aroma o sombra. Si no fuera así, daría lo mismo un retrato de Velázquez que uno de Guayasamín, una crónica de Gabo que un relato de la Tokarczuk, o una teoría de Spinoza frente a otra de Descartes.

Tal vez llegó el momento de que el Yo exacerbado del siglo XIX aparezca en la escena y re-

clame lo suyo, o quizá ya no haya pudor en reclamar lo propio. O, tal vez, los meta-relatos donde aparecen historias anodinas y claramente personales resultan ahora más útiles que las palaciegas narraciones tras *Hamlet* o *Ricardo III*. El caso es que desde *Twitter* hasta los fanzines generacionales imponen hoy una voz en primera persona que levanta la mano para hablar desde un lugar, un tiempo y, más concreto aun, una manera singular de relacionarse con el mundo. Lo interesante de esto es que el mundo académico ha sucumbido a la tendencia del “Yo, por ejemplo”, y ha terminado por aceptar que el conocimiento se cuece en la mente de las personas y en la capacidad que ellas mismas tienen de poner en circulación sus maneras y formas de comprender los fenómenos de la naturaleza, incluso al margen de que esos conocimientos sean apropiados por otros y comiencen a germinar otras ideas en otras latitudes, pues en resumen ese es el poder mismo de la vida, un *biopoder* incontrolable que lejos está del *copyright* o de los monopolios en papeles de patentes.

Este año comienza con preguntas complejas como, por ejemplo, cuál es el papel de la ciencia de un país como el nuestro en el escenario mundial o por qué no podemos hacer una vacuna con la misma velocidad que lo han logrado distintas compañías en el hemisferio norte, sean asiáticas, europeas o americanas. Tal vez es que no nos hemos narrado en primera persona. No nos hemos leído tampoco en este tiempo verbal, ni mucho menos, nos hemos preocupado por poetizar en propiedad, en ese yo vehemente que tanto tememos, pues consideramos que tras él está no sé qué pena, angustia o egocentrismo que no nos es propio.

Yo, por ejemplo, jamás hubiera puesto un título como el que lleva esta nota editorial, que debo a un colega del comité, a quien agradezco, aun siendo sugerido con algo de pudor, pero haciendo eco del propio título de la *Agenda Cultural*, que hace un guiño de homenaje a

nuestro brillante ensayista Jaime Alberto Vélez, para quien el yo, así instalado, movía a risa. El caso es que me avergüenza un poco cuando aparece el Yo, y no tengo cómo reemplazarlo; incluso, me apropio de la primera persona del plural para decir cosas que sé que varios consentimos para, de esta manera, evadir el fogonazo de la “y” más la “o”. Es algo que sencillamente me parece de mal gusto, pero ahora que lo pienso ha sido totalmente infundado: nada más lindo que caminar de la mano de Fernando Vallejo por sus *Días azules* entre Envidado y La Toma en Medellín, por citar sólo un ejemplo. Y, después de leer con atención los textos de Marta Alicia Pérez Gómez, Irene Vallejo, Pablo Montoya, Enrique Vila-Matas, Elkin Obregón, Christine Delory-Momberger, Gabriel Jaime Murillo Arango, Paula Martínez Cano, María Nancy Ortiz Naranjo y Oswaldo Osorio, incluidos en esta primera edición de la *Agenda Cultural Alma Máter 2021*, estoy seguro que nos falta aprender a hablar con criterio desde el yo creativo, desde ese humilde ser que es lo único cierto que tenemos, y que levanta la cara para decir lo que piensa, pero también para lamentarse, para argumentar envidia y juzgar con manía, para aparecer en la escena y ser señalado, para caminar con la certeza de ser visto y poder, en algún momento, cuando se tiene con quién, eventualmente, decir que algo es bueno, que le gusta, que lo recomienda, a sabiendas de que a los demás nos les pasa igual.

Muchos artistas y creadores de diferentes áreas concuerdan al decir que siempre trabajan en la misma obra, o que cantan la misma canción, como ha dicho Serrat, o que nunca han dejado de ver la realidad desde el balcón necio de sus deseos. Y así, desde los relatos honestamente descarnados que dieron fuerza a la antropología moderna de Malinowski; pasando por los retratos de Diego, gigante, de ojos saltones, pero amoroso, hechos por Frida, hasta las siete botellas en reiterativas composiciones blancueadas y agónicas de Morandi, hablan desde

el único sitio posible: desde el Yo. El arte con "A" es el resultado de la capacidad que hemos tenido de enamorarnos del otro, desde el yo, así que el ego no puede ser relegado tras una gran obra. Más bien, es relevado por la obra misma en su capacidad de existir más allá de su creador, pero es ese yo el que le permite ser.

Quien dice que el ego es detestable no sabe de qué habla. La modernidad nos dio la posibilidad de existir como individuos y presentarnos a la multitud creativa como alternativas de ser, pues aun bajo los deseos más esenciales y básicos hay una fuerza que permite transformar la realidad. Este poema, por ejemplo, dice que:

*Yo solo quiero encontrar imágenes
palabras.*

*Unirlas con un hilo
en el tiempo libre.
Ponerlas en mi casa
sobre un sofá
debajo de alguna porcelana o matera
haciendo de camino de mesa
a los pies de mi cama.*

*Y de vez en cuando
guardarlas en los cajones
para olvidarlas.*

Es la voz de quien también dibuja las imágenes que acompañan esta edición. Quien para hablar de sí misma, auto-denominándose, titula el escrito como *Ama de casa*. Elizabeth Builes aparece en sus ilustraciones, pues son sus ojos los que miran y su mano la que raya, pero su trazo es tan honesto que el yo deambula tras los matorrales sin acechar la idea final, sin pretender tomar la escena. Solo sigue, al igual que nosotros, el cauce del viento que toca las hojas, o que acompaña a los elefantes enanos sobre la onírica manta que cobija los cuerpos de los durmientes.



Elizabeth Builes. *Bosques*. Ilustración poemario *El sacrificio de las palabras no dichas*

Y así, desde el yo, se puede y se debe vivir, con la conciencia de ser y estar en el aquí y en el ahora.

Leo de nuevo para corregir y yo, por ejemplo, siento que logré hablar, aun si es el mismo cajón del olvido quien ahora mismo se apreste a leer.

Un saludo especial a todos en este año cultural que comienza en nuestra Alma Máter. Confiamos en que muchos yoes, que somos ustedes y nosotros pronto revivamos el murmullo de la vida en la casa grande que es esta Universidad de Antioquia, y mirándonos a los ojos nos devolvamos la existencia física que tanta falta nos ha hecho y que tantas enseñanzas nos ha traído.

Oscar Roldán-Alzate